



El cantor de Bolívar

Edelberto Torres

Es probable que alguna biblioteca pública o privada le ha deparado el Tesoro del Parnaso español, de Manuel José Quintana, y su lectura lo ha solivianado para lanzarse a tamaña empresa. Algo pudo leer en León y Managua, pero no en la colección Rivadeneira, que aún no ha llegado allá, ni en la Antología de poetas líricos castellanos, de Menéndez Pelayo, no publicada aún.

Empieza el poema con una estrofa de nueve versos, y en esta enésima son libres los tres primeros versos y con una sola consonancia los seis restantes. La medida es irregular como que revela la balbuciente poesía del siglo XII. Los poetas representativos de cada siglo le sirven de dechados: Alfonso el Sabio, Juan de Mena, Marqués de Santillana, Jorge Manrique, Garcilaso de la Vega, época que caracteriza con un soneto a la manera de este poeta; Fray Luis de León, a quien evoca en las formas estróficas que inmortalizó en sus odas; Fernando de Herrera, Lope de Vega, Góngora, a quien celebra por sus cantos juveniles y censura por el culteranismo; Francisco de Quevedo, a quien también elogia en un soneto; Vicente Espinel, que lógicamente es recordado en una décima, la estrofa que él inventara; Calderón de la Barca, "admiración del Orbe"; Quintana es el jalón que encuentra después del desierto siglo XVIII, y entra a la centuria decimonona para mencionar a Hartzembuch, Ventura de la Vega, Fernando Velarde, Núñez de Arce, Manuel Bretón, Antonio de Trueba, hoy sepultado en el olvido; Campoamor y Bécquer, saludados ambos admirativamente. En la penúltima estancia logran acogida Gertrudis de Avellaneda, José Mármol, Julio Arboleda, Andrés Bello, J. J. de Olmedo, José M. Heredia, José E. Caro, José Joaquín Palma y José Manuel Marroquín, todos americanos. El poema lo publica la ILUSTRACION CENTROAMERICANA, elegante revista literaria que dirigen Gregorio Ruíz y Tiburcio G. Bonilla.

El 9 de octubre fallece Alvaro Contreras, dejando a su esposa y a sus dos hijitas, Julia la mayor, Rafaela, la menor, de 13 años de edad, inconsolable y en situación de desamparo. Rubén conoció esta familia en León y oyó en una velada memorable para él, a Contreras; memorable porque compartió la tribuna con ese vibrante orador y con otro varón de palabra elocuente, Antonio Zambrana, y también con José Joaquín Palma, que leyó sus décimas de oro. Graves reflexiones se hace ante el cadáver de quien fuera hasta hace poco un instrumento de elocuencia que ha callado en la flor de su edad y de su talento, a los 40 años de edad.

La Academia La Juventud da a Rubén el cometido de pronunciar un discurso en los funerales, y tan poco se cuida de prepararlo que se halla jugando billar cuando el féretro llega al cementerio. Un comisionado de llevarlo lo urge, y aún tiene que esperar que dé los últimos toques a la esferilla marfilina con ánimo talvez de hacer una carambola. El poeta lleva en la mente una idea que a la pena agrega la indignación. La muerte del tribuno no ha sido natural: la cárcel le abrió sus puertas después de la oración cívica ante la estatua de Morazán. Se le acusó de atacar a las tiranías y Zaldívar se sintió marcado por sus palabras y como venganza, que no sanción legal que era impropio, lo sometió al suplicio de hablar, hablar, hablar sin tregua, que allí estaban los verdugos para vejarlo cada vez que suspendía la obligada perorata. El orador enfermó de la garganta y seis meses después moría.

Rubén vence su timidez, pone de lado el miedo y hace un breve panegírico del ilustre muerto, que termina así:

"... Y no tuvo discursos oficiales; porque la blanca limpieza de su conciencia alejó anticipadamente esas ofensas vestidas de levita traslapada".

En San Salvador se ve frecuentemente con Román Mayorga Rivas, poeta leonés y Pedro Ortiz, el vibrante periodista nicaragüense, natural de la Se-

govia, compatriotas suyos y camaradas en el oficio de las letras, Ortiz hace de Ouirón en su vida privada como Méndez en las esferas oficiales, y Mayorga Rivas le sirve de cicerone en el mundo social. Se encuentra en San Salvador también con el doctor José Leonard, el polaco inquieto e ilustre que había sido profesor suyo en el Instituto de León. Sus amigos lo incorporan a la sociedad La Juventud, de que forman parte Francisco Gavidia, Carlos A. Imendia, Joaquín Méndez, Juan José Bernal, Vicente Acosta, Manuel Calderón y varios más; pero desdeñoso desde entonces de las academias, no se interesa por sus actividades. Traba amistad con el periodista ecuatoriano Federico Proaño, con Hildebrando y Enrique Martí, patriotas cubanos en exilio, y con Angulo Guridi, que llegara a ser considerado como patriarca de las letras dominicanas. Un amigo adquiere que habrá de tener significación en su vida, es el poeta y militar salvadoreño general Juan J. Cañas, y estrecha la amistad que desde en León tiene con la familia de Alvaro Contreras, recién fallecido.

En la sesión de ingreso a la "Academia La Juventud" lee unas páginas contra el romanticismo propagado por el poeta Fernando Velarde y sus imitadores salvadoreños, y ese es su primer grito de insurgencia literaria. Sólo conocemos esta actitud por la referencia de Gavidia en el discurso con que le contestó y por un comentario posterior.

Ninguna consecuencia vejatoria le ha producido el discurso necrológico, y la vida grata que le hacen sus amigos continúa. En casa de la señora Refugio de Arbizú se celebran tertulias de escritores y artistas, y Rubén es concurrente habitual. Pica la curiosidad su timidez y su extraño silencio, ¡si hasta parece tonto!, y tiene salidas excéntricas que no hacen suponer que sea el mismo que de repente cuenta una historieta en verso e inventa sucesos que refiere con detalles que les comunican colores de veracidad. Lo que es Adriana tiene

un testimonio de su talento en su álbum donde en un santiamén escribió para ella unas cuantas estrofas. Allí llegan Esteban Castro, que preside la Sociedad "LA JUVENTUD", Francisco Gavidia, Román Mayorga Rivas, Joaquín Méndez, Miguel Plácido Peña, Manuel Mayorga, Enrique Martí, Napoleón F. Lara, de vez en cuando los músicos Juan Aberle y su colega Olmedo, y también señores del mundo político y social. Otro hogar que visita es el del general Juan José Cañas, quien además es diplomático y también poeta; tiene una hija que adora y por tanto es entendido que Rubén escribe en su álbum profusión de versos, reiteradamente.

El poeta Bernal, uno de los militantes de la lira en *La Juventud* tocado de misticismo, ingresa a un seminario para ordenarse sacerdote. El hecho lo comentan en diversos tonos en los círculos literarios. Rubén recoge aquellos rumores en estas estrofas:

BERNAL

*Bernal ya es sacerdote.-
¡Desgraciado!*

*Bernal ya es sacerdote-
¡Qué espantoso!*

*-En labrarse su ruina qué
afanoso!*

*-En huir de sus laureles qué
porfiado!*

*-Un porvenir y gloria ha
despreciado!*

*-Es un loco no más; es
lastimoso!*

*-Cómo corre, miradle, pre-
suroso a un hondo abismo.
¡Detente, desastrado!*

*Tal grita el mundo en su
delirios vanos*

*al mirar de Bernal el santo
anhelo!*

*él sigue con la fe de los
cristianos*

*por el camino que conduce
al cielo;*

*y mientras tanto Dios baja
a sus manos*

*y le infunde vigor; Paz y
consuelo.*